

lo serán también. En la vida del justo precisamente todo es meritorio porque vive de fe.

PUNTO TERCERO.— *El espíritu de fe nos hace idóneos para salvar á nuestros hermanos.* Es el espíritu de Jesucristo, y la verdad de Dios en nosotros. Considerado como verdad, nos enseña la excelencia de nuestras almas, el valor infinito de la Sangre esparcida por nuestra salvación.... y contribuye á inflamar nuestro celo. Como espíritu de Jesús en nosotros fecundiza y activa todas nuestras acciones. Podemos decir que es el Salvador mismo quien obra y habla en nosotros y por nosotros. Así únicamente es cómo tienen fácil explicación todas las maravillas que realizaron en el cumplimiento de su ministerio los hombres apostólicos.

MEDITACIÓN II

El espíritu de fe. Su poder

- I. Sobre el Corazón de Dios.
- II. Sobre el corazón del hombre.

El sacerdote que quiera medir con su debilidad las dificultades que debe vencer para salvarse y salvar á sus hermanos, ha de padecer inevitable desaliento; pero si considera cuánta es la fuerza que, si lo quiere, puede hallar en su fe: *Fortes in fide* (1), se llena de seguridad y de confianza. ¿Hay, con efecto, obstáculo del cual no triunfe un hombre que lo puede todo con relación á Dios y con relación á sí mismo? Con relación á Dios para alcanzar de El todos los socorros que desea y con relación á sí mismo, á fin de estar pronto para todos los sacrificios que la gracia exige. Tal es la prodigiosa eficacia del espíritu de fe: nos da esta doble omnipotencia.

(1) San Pedro.

PUNTO I

Omnipotencia del espíritu de fe sobre el Corazón de Dios

El Salvador nos ha prometido de un modo muy formal que siempre oirá la oración que vaya informada por la fe viva. Escuchemos, adoremos á Aquel que habla y creamos. *Quæcumque petieritis in oratione credentes, accipietis* (1). *Omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis....* (2). Los que oían estas palabras acababan de ser preparados á ello por un lenguaje más admirable aún. «Tened la fe de Dios, les había dicho el Salvador después de los milagros operados en su presencia: *Habete fidem Dei*, es decir, una fe plena y perfecta, tal como la merece un Dios cuando habla: *Amen dico vobis, quia quicumque dixerit huic monti: Tollere, et mittere in mare....*» Esto es pedir claramente un milagro extraordinario; para concedérmelo ¿qué es lo que de mí se exige? Una sola cosa: que no haya duda alguna en mi corazón, sino una fe sencilla y arraigada; «*Et non hæsitaverit in corde suo, sed crediderit.*» Por esto mismo os lo digo, añadió el Hijo de Dios, todo cuanto pidieréis en vuestras oraciones, creed que lo recibiréis, y en efecto se os concederá: *Propterea dico vobis: omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis.*»

A este oráculo, muy poco meditado, agreguemos el del apóstol Santiago: «Si alguno de entre vosotros se halla falto de esa sabiduría que hace gustar las cosas de arriba al propio tiempo que las hace conocer: *Si quis vestrum indiget sapientia*, que se la pida á Dios sin temor de padecer rechazo; pues ella es un bien que El da con abundancia y que querría comunicarlo á todos: *Postulet a Deo, qui dat omnibus affluenter, et non impropert, et dabitur ei*; pero que su petición

(1) Matth., XXI, 22.

(2) Marc., XI, 24.

vaya apoyada en una fe firme, sin vacilación ninguna. *Postulet autem in fide, nihil hæsitans*; porque si cuando oráis no tenéis esa inquebrantable confianza que sólo puede dar la fe; si vuestra alma se parece á las olas de agitado mar que el viento arroja en diversas direcciones; si andáis á medias entre la desconfianza y la fe en las promesas divinas, el éxito de semejante oración será nulo, puesto que nada alcanzaréis del Señor: *Qui enim hæsitat, similis est fluctui maris, qui a vento movetur et circumfertur; non ergo æstimet homo ille quod accipiat aliquid a Domino*. Notemos bien lo que dice: vuestra oración ha sido hecha con fe vacilante, luego es vana.

Dios es rico para favorecer á los que le invocan; en nada tiene mayor empeño que en prodigarnos sus dones; todo lo ha prometido á la oración..... y á pesar de esto ¡cuantas oraciones casi del todo inútiles! ¡Oh, cuán triste es este tan importante y terrible problema! ¿llenamos por nuestra parte la condición á la cual está unido el éxito de nuestras peticiones? ¿somos hombres de fe, *credentes*?

Enumeremos las diversas cualidades que ha de reunir la oración para que pueda llegar hasta el solio del Eterno Padre y mover con suave violencia su Corazón: respeto, humildad, atención, fervor, perseverancia; pero todas estas cualidades se compendian manifiestamente en las palabras del apóstol Santiago, *in fide*, y en esta del Salvador, *credite*. Creamos, sí, en la presencia, en la santidad, en la grandeza infinita del Maestro á quien dirigimos nuestros votos; creamos que nada somos delante de El, creamos en nuestra indignidad como pecadores: y no será necesario que se nos diga: Cuando oráis confundíos y humillaos; y el respetuoso continente de nuestro cuerpo será fiel expresión de los religiosos sentimientos de nuestro corazón. Tengamos fe, pero no únicamente en las incomprensibles perfecciones de ese Dios tan grande que nos permite hablar con El, sino en la importancia suprema de los asuntos que con El tratamos, y nuestro espíritu, por más

que haya sido ligero, lo sujetaremos, dirigiéndolo cual cautivo á objetos tan graves y dignos de consideración. Nuestras plegarias no serán ya sólo el homenaje insignificante de nuestros labios, sino que saldrán de nuestro corazón como la llama de la hoguera. ¿Es posible pedir con frialdad bienes como los que se hallan compendiados en estos ruegos: *Ab æterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum iubeas grege numerari?*.... Creamos en las promesas de la verdad infalible; sea firme nuestra convicción de que Jesucristo no pronunció vanas palabras cuando dijo: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá*.... y, por dura que sea la prueba á que haya de someterse nuestra constancia, no dejemos de orar. Nos alcanzará una santa importunidad lo que fuera acaso rehusado á ruegos menos perseverantes. ¡Oh, cuán cierto es que la fe es la que ora: *Fides orat* (1), y la que comunica á la oración esa fuerza victoriosa á la cual Dios mismo se dignó sujetar su poder!

Los milagros que el Salvador obró son una prueba de hecho. Los concedió siempre á la fe de los que le suplicaron. ¿No repitió á cada paso: *fides tua te salvum fecit*? Es la fe la que mereció su admiración y aliento: *Videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico: confide, fili* (2). *O mulier, magna est fides tua!* (3). *Audiens Jesus miratus est.... Non inveni tantam fidem in Israël* (4). A sus discípulos les reprocha la debilidad y timidez de su fe: *Quid timidi estis, modicæ fidei?* (5). *Necdum habetis fidem?* (6). Mide sus beneficios según la extensión de la fe: *Secundum fidem vestram fiat vobis* (7). *Sicut credidisti fiat tibi* (8). Afligido le describe un padre el maltrato que el demonio ejerce

- (1) San Agustin.
- (2) Matth., IX, 2.
- (3) Matth., XV, 28.
- (4) Matth., VIII, 10.
- (5) Matth., VIII, 26.
- (6) Marc., IV, 40.
- (7) Matth., IX, 29.
- (8) Matth., VIII, 13.

en su hijo é implora su piedad: *Si quis potes, adjuva nos, misertus nostri* (1). ¿Cuál es la respuesta? «Me preguntáis si puedo algo, y yo os contesto que si podéis creer irá mi poder hasta donde vaya vuestra fe, porque todo es posible para el que cree. *Si potes credere, omnia possibilia sunt credenti* (2).

PUNTO II

Omnipotencia del espíritu de fe sobre el corazón del hombre

El don de la fe viva y el cúmulo de sus gracias serían inútiles si no supiésemos corresponderle con fidelidad. Pero ¿cómo conseguir ésta, puesto que depende sólo de nosotros? Con la misma fe viva. Obra ella en nuestra voluntad con tanta energía que nos levanta sobre nosotros mismos, haciéndonos traspasar en cierto modo los límites de lo posible. De ahí la célebre expresión de Tertuliano: *Fides Christianorum, fides impossibilium*. Nada más convincente, en efecto, que los motivos que nos presenta. A veces nos contiene por el temor, pues sus amenazas son terribles para refrenar nuestras pasiones. Dios enemigo, Dios vengador, la muerte de un réprobo, el infierno para siempre.... ¿Cómo no temblar de espanto? y ¿cómo no sobrellevar las dificultades de la virtud y las austeridades de la penitencia con tal de librarnos de este horroroso castigo? *Hæc quam dulcia meditantur flammæ* (3). En ocasiones la fe nos anima por medio de la esperanza; y ¿qué se puede añadir ya á la certidumbre, ya á la magnificencia de sus promesas? Es el mismo Dios el que se obliga. Torrentes de delicias, un raudal de gloria, dicha que nada deja que desear, nada que temer.... Con este pensamiento el corazón se inflama; se olvida de las fatigas del térmi-

(1) Marc., IX, 21.

(2) Marc., IX, 22

(3) San Bernardo.

no dichoso: *Si labor terreat, merces invitet* (1). Y pasa lo propio con los demás sentimientos generosos que la fe nos inspira.

Por esto San Pablo al hablar de los triunfos obtenidos por los santos del Antiguo Testamento, alaba sólo la firmeza y el ardor de su fe: *Fide Abel..... fide Enoch..... fide Noë..... fide qui vocatur Abraham obedi-vit!..... Per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam..... extinxerunt impetum ignis..... lapidati sunt, secti sunt* (2).

Y ¿qué prodigios de valor no obró la fe de San Pablo en él mismo? Y desde el principio de la Iglesia hasta nosotros ¿cuántas virtudes sublimes, qué desprendimientos heroicos engendrados por la fe! La historia de los apóstoles, de los mártires, de las vírgenes, de todos los Santos, no es sino la historia de la debilidad que triunfa del poder por la fuerza que la fe le comunica. La fe viva ha sostenido á tantos sacerdotes en circunstancias muy difíciles, cuando un paso dado en falso les hubiera precipitado al abismo; ella la que impulsó á tantos otros para correr libremente en busca de almas, rompiendo la cadenas de la carne y sangre.... En una palabra, todos los grandes sacrificios, todas las inmolaciones de sí mismo, que atribuimos á la caridad que lucha con energía contra la muerte, á la esperanza firme que no se deja confundir por nada, debemos atribuirlos desde luego á la fe, principio de la esperanza y del amor.

De hoy más, no quiera yo, ¡oh Dios mío! alegar la excusa de mi debilidad en cubrir mi cobardía. Tengo en la fe, si quiero aprovecharme de ella, medios para vencer al infierno y para vencerme á mí mismo; con ella lo puedo todo sobre tu corazón y sobre el mío; con ella, no obstante el peso de mis innumerables miserias, puedo subir á la perfección á la cual me llamáis, y merecer la corona preciosa que reserváis á vuestros santos sacerdotes.

(1) San Agustín.

(2) Hebr., XI.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Omnipotencia de la fe sobre el corazón de Dios.* El Salvador ha prometido que jamás rehusaría nada á la oración que se inspira en la fe viva: *Todo lo que pidáis, lo conseguiréis si lo pedis con fe.* No son menos terminantes las palabras del apóstol Santiago: Si alguno carece de sabiduría que *se la pida á Dios..... pero con fe, y sin vacilación ninguna.* Todas las condiciones de la buena oración, respeto, humildad, atención, fervor, perseverancia, no son sino efecto de la fe viva. Ella le comunica esa fuerza á la cual Dios mismo se digna sujetar. Los milagros del Salvador son en esto la prueba de hecho, pues los concede siempre á la fe de los que le ruegan, y quiere que esto se sepa ¿no repitió á cada paso: *tu fe te ha salvado?*

PUNTO SEGUNDO.—*Omnipotencia del espíritu sobre el corazón del hombre.* Es tan enérgica su acción sobre nuestra voluntad que nos levanta sobre nosotros mismos. Nada más convincente que los motivos que nos presenta, ya sea que trate de contenernos por el temor, ya que quiera animarnos con la esperanza. Por esto San Pablo al tratar de los hechos portentosos de los santos de la antigua ley, alaba sólo su fe viva. ¿Y qué no ha hecho ella desde San Pablo hasta nuestros días? Cuantos admirables desprendimientos atribuímos á ese amor que rivaliza en fuerza con la muerte, á esa esperanza que no se deja abatir por nada, debemos atribuirlos á la fe que es el principio de la esperanza y del amor. *Señor, aumentad nuestra fe.*

MEDITACIÓN III

Tres grandes obstáculos para el espíritu de fe

- I. La irreflexión.
- II. El espíritu del mundo.
- III. Las inclinaciones naturales.

PUNTO I

La irreflexión

San Pablo nos ha enseñado que la fe es para el justo lo que el alma para el hombre; es su vida, la vida de su inteligencia por la verdad con que la alumbrá; la vida de su corazón por los sentimientos de santidad y de justicia que en él hace nacer; la vida de sus obras que por ellas se hacen dignas de la gloria eterna. Mas, para que produzca estos efectos es preciso que opere real y eficazmente sobre el espíritu, sobre el corazón y sobre las obras. Ahora bien, la irreflexión es la que debilita mucho, y á veces llega hasta destruir completamente esta acción: Dice un doctor de la Iglesia que la fe es el conocimiento compendiado de todo cuanto hay más urgente y apremiante. *Compendiosa rerum quæ urgent cognitio.*

¿Qué cosa en efecto puede haber de mayor urgencia que ganar el cielo, evitar el infierno, salvar el alma?... ¿Qué más comovedor que un Dios que ama á los hombres hasta encarnarse, vivir y morir por ellos; un Dios víctima nuestra, permitiéndonos, mandándonos que le inmolemos, que comamos su carne, que bebamos su sangre? ¡Oh sagrados misterios! ¿no tenéis por ventura bastantes llamas para derretir el hielo de nuestros corazones abrasándonos con amor santo? Sí, pero es necesario que se piense en ello. ¿Qué impresión harán sobre mi corazón verdades omnipotentes en sí mismas, si no están presentes á mi espíritu? En la Escritura se com-

para la fe ya á un escudo, ya á una espada; el escudo sólo defiende á quien con él se cubre, y á fin de que la espada pueda ser útil para rechazar al enemigo, es preciso sacarla de la vaina. No es el hábito de la fe, es su acción la que constituye su mérito y su fuerza. Y lo que determina la fe á realizar sus actos es de ordinario la reflexión. Todo cristiano cree en la eternidad; pero sólo el cristiano reflexivo es quien se pregunta seria y constantemente: *Quid hoc ad æternitatem?*

Así me explico cómo la misma palabra de Dios, que era para los santos llena de vida y de eficacia: *Vivus est sermo Dei et efficax* (1), quede para mí casi como letra muerta; los santos la meditaban continuamente, y yo no la profundizo nunca; eran ellos hombres de recogimiento y oración, y yo vivo disipado en lo exterior. Dejo la fe en mi espíritu como un hecho sin consecuencias. Considero sí, de tiempo en tiempo, los grandes objetos que ella me presenta, pero sólo superficialmente, á la manera del hombre ligero que lanza al pasar una mirada sobre el espejo y olvida en breve lo que ha visto (2).

PUNTO II

El espíritu del mundo

Padecemos su influencia los que estamos encargados de hacerle implacable guerra. La razón y el bienestar material, hé ahí los dos ídolos de nuestra época; desgraciadamente en nuestro días el racionalismo y la molicie se han infiltrado hasta en la piedad. Si no se cuida con diligencia de confrontar á cada paso los juicios del mundo con los de Jesucristo hallaremos con sorpresa que á menudo habíamos adoptado casi sin darnos cuenta los pensamientos del siglo y hasta su lenguaje con relación á las riquezas

(1) Hebr., IV, 12.

(2) Jac., I, 24.

y á la pobreza, á la honra y al desprecio, á los varios acontecimientos de la vida, ya felices ya desgraciados.... ¿Es raro acaso oír á un sacerdote hablar con aprecio de esas grandes bagatelas que excitan la pasión de los mundanos, despreciando á los que el mundo desprecia y felicitando á los que él llama dichosos, y usar, en una palabra, tal lenguaje como si creyera más en las bienaventuranzas del mundo que en las del Evangelio?

Es muy frecuente el desprenderse de los falsos bienes por filosofía más que por espíritu de fe. Y no obstante, dice el P. Judde, convendría que de cien razones, todas de peso, nos moviese más esta sola palabra: lo ha dicho Jesucristo, Jesucristo lo ha hecho. La palabra de los pitagóricos, *el Maestro lo ha dicho*, no es otra cosa que la expresión de su insensata idolatría, toda vez que no hay hombre que no se engañe. Aplicada á Jesucristo debe ser el primer principio y axioma sagrado para todo cristiano. El cielo y la tierra pasarán, pero la verdad del Señor permanecerá eternamente (1). Seamos pues, atentos á la palabra del Maestro, y gobernémonos según sus enseñanzas. *El lo ha dicho*: lo que ante los hombres es grande y honesto, á menudo es pequeño y abominable delante de Dios. *El lo ha dicho*: aquél que no renuncia á todo, aun á sí propio, no puede ser su discípulo, etc. La razón puede argüir que estos oráculos deben ser explicados, suavizados, modificados; que ella no comprende cómo se puede hallar la paz en la guerra, en los oprobios la gloria, y las delicias en los sufrimientos.... Pero yo no atiendo sino á mi Maestro. *El lo ha dicho*, y si esto no fuera verdad, y si El no lo hubiera comprendido así, no lo hubiera dicho.... Así es cómo el verdadero discípulo de Jesucristo se ciega para ver bien, renuncia la prudencia de la carne por seguir la del espíritu,

(1) *Veritas Domini manet in æternum.* (Ps. CXVI, 2.)
Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt
(Matth., XXIV, 35).

enloquece para ser cuerdo, porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios (1).

PUNTO III

Las inclinaciones naturales

Así como ellas luchan contra el espíritu de fe, el espíritu de fe las combate. Nada hay de extraño en que una naturaleza viciada tiemble á la vista de la inmolación que se le prepara. Siente muy bien que todo está perdido para ella, si prevalecen las verdades de la fe y son aceptadas como regla de conducta. Será preciso abstenerse de los goces que se aman, morir para el mundo y para sí mismo, llevar en su cuerpo la mortificación de Jesucristo.... *Durus est hic sermo.* Al solo pensamiento de crucifixión de la carne y de sus concupiscencias, impuesta á todo el que quiera pertenecer al Salvador (2), se apodera una completa turbación de su imaginación y de sus sentidos; y cuando se trata de poner en práctica estas ásperas verdades, se encuentra oscuro, dice San Francisco Javier, lo que en el fervor de la oración había parecido claro y evidente. Casi no se comprende ya la necesidad de vencerse, cuando ha llegado la hora del combate. El amor propio herido y atemorizado inventa mil pretextos para diferir siquiera los sacrificios que le aterran.

¿Qué es lo que hace pues, el hombre interior, el hombre libre, dueño de sí mismo que gobierna sus acciones y no se deja gobernar por ellas? (3). En cualquiera ocasión interpela á su fe, y le pregunta lo que ella enseña: *Excutiatur unusquisque cor suum, et videat*

(1) *Si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat, ut sit sapiens. Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.* (I Cor., III, 18, 19.)

(2) *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis.* (Gal., V, 24.)

(3) *Sis dominus actionum tuarum et rector, non servus.* (Imit. I, III, c. XXXVIII.)

quid ibi tenet fides (1). Conviene comenzar por esto, pues si se sobrepone la naturaleza, lo cual hace con suma habilidad, sabrá entonces complicar las cuestiones más sencillas, se hará dueña de las potencias del alma, lisonjeándolas, y cuando después quiera intervenir la fe con autoridad, será muy difícil que consiga recobrar su imperio, pues encontrará ya pre-dispuesto el entendimiento y la voluntad vencida ó quebrantada. ¡Oh, cuánto importa velar sobre nuestras primeras impresiones para dirigir todos sus movimientos á la luz de la fe! ¡Cuán útil es el hacer preceder á todas sus resoluciones, á todas sus obras, una palabra de verdad, un oráculo divino, según la advertencia del Espíritu Santo: *Ante omnia opera, verbum verax præcedat te!* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La irreflexión.* La fe no puede comunicar la verdad á nuestro espíritu, á nuestro corazón la santidad y el mérito á nuestras obras si no opera realmente en nuestro espíritu, en nuestro corazón y en nuestras obras. Pero la irreflexión debilita especialmente esta acción, ó la paraliza. Por más que las verdades de la Religión sean poderosas no nos impresionan sino en tanto que nos están presentes. Todo cristiano cree en la eternidad; pero sólo el cristiano reflexivo se pregunta: *De qué me servirá esto para la eternidad?* Y así se explica cómo la misma palabra de Dios que ha sido tan eficaz para los santos, es tan estéril para nosotros: ellos la profundizaban, nosotros no la meditamos siquiera.

PUNTO SEGUNDO.—*El espíritu del mundo.* Padecemos su influencia á menudo á pesar nuestro. Nos hallamos sin pensarle participando más ó menos de las mismas ideas del siglo sobre las riquezas y la pobreza, la enfermedad y la salud, hablando con estima de las bagatelas que privan entre los mundanos.... Esforcémonos en alejarnos constantemente de las máximas del mundo y abrazar las de Jesucristo.

(1) San Agustín.

(2) Eccli., XXXVII, 20.

El ha dicho: *¡Ay de vosotros ricos; dichosos los que lloran!...*
El cielo y la tierra pasarán: la palabra del Señor que es la
verdad misma permanece eternamente.

PUNTO TERCERO.—*Las inclinaciones naturales* combaten al
espíritu de fe, tanto como él lucha contra ellas.... La natu-
raleza tiembla ante la idea de la inmolación que la fe im-
pone.... En cualquier circunstancia comencemos por pre-
guntar á nuestra fe y pedirle sus enseñanzas. ¡Oh cuánto
importa el velar sobre nuestro corazón y sus primeras im-
presiones para dirigir todos sus movimientos con la claridad
de las verdades eternas!

MEDITACIÓN IV

*El espíritu de sacrificio. Su necesidad
en los sacerdotes*

I. Motivos sacados de su propia santificación.

II. Motivos sacados de sus ministerios y de sus
funciones.

La vida cristiana y sacerdotal en su desarrollo y
perfección no es sino la inmolación de la naturaleza
por la gracia, y la prontitud y generosidad con que
hacemos á Dios un gran número de sacrificios par-
ticulares de nuestros conocimientos, de nuestras in-
clinaciones, de nuestras repugnancias.... lo cual
constituye la inmolación total de nosotros mismos;
esto es lo que llamamos *espíritu de sacrificio* que
debe hallarse en todos los cristianos, pues todos tie-
nen, dice San Pedro, un sacerdocio que ejercer y
hostias espirituales que ofrecer (1); pero estos sacri-
ficios, por motivos y razones especiales en los mi-
nistros del Salvador, deben ser mucho más perfectos
y abundantes.

(1) I. Petr., II, 5.

PUNTO I

Motivos sacados de la propia santificación del sacerdote

Es tan necesario para nosotros el espíritu de sa-
crificio y en un grado superior al de los simples fie-
les, que sin él nunca podremos aprovecharnos como
debemos de las abundantes gracias que se nos prodigan,
ni enmendarnos de nuestros defectos; mucho
menos adquirir las virtudes sólidas y la eminente
santidad que Dios exige de nosotros.

1.º Sin este espíritu de sacrificio, lejos de apro-
vecharme de las abundantes gracias que recibo, hago
de ellas un espantoso abuso. El alma fiel dice á
Dios en el piadoso libro de la *Imitación de Cristo*:
*Opus est gratia tua et magna gratia, ut vincatur natu-
ra, ad malum semper prona* (1). Esta gracia que á na-
die se niega, se comunica al sacerdote con verda-
dera profusión. ¿Y por qué? Principalmente: *ut vin-
catur natura*. ¿Qué uso hago yo de este auxilio divi-
no? ¿me he servido de él para vencerme, para sobre-
ponerme á mí mismo y triunfar de una naturaleza
inclinada siempre al mal? Entre Dios y el alma que
El quiere santificar, se verifica algo parecido á un
cambio continuo de gracias ofrecidas y sacrificios
reclamados. Es un *Do ut des* en cada momento de la
vida. ¡Cuántas veces conozco interiormente lo que
debería hacer ó evitar! ¡qué de llamamientos!... ¡qué
de luces!... La gracia habla, pero la naturaleza habla
también; para corresponder á la gracia menester es
hacerse violencia; nada más cómodo, por el contrario,
que dejarse llevar de las inclinaciones de la naturale-
za.... Retiraos, Señor, de mí, dice, ofreced á otros
los dones de vuestro amor que me ha de costar dema-
siado negociar todo lo que Vos queréis con ese talen-
to que me ofrecéis.

De aquí el poquísimo fruto que suelo sacar de las

(1) Lib.III, c. LV.